

“EL DESEO, ES LA FE (1)”

(En torno al Centurión de San Lucas)

Aunque cambiando el programa trazado en mi anterior escrito (2) seguimos con Christine Cayol (3).

Una charla de sobremesa durante nuestra última semana de Oración en Santiago de Compostela (24-30 de Agosto de 2.006), y el alboroto que allí se formó, me impele a posponer la traducción del capítulo titulado “Hágase tu voluntad”. Urge, antes, clarificar el episodio del Centurión relatado por San Lucas y al que Christine se refiere en el capítulo cuatro de su libro tan expresivamente titulado “El deseo, es la Fe”. Durante la larga y apasionada discusión con unos cuantos hermanos y hermanas de Maranatha en el Café de los Literarios de la Quintana Dos Vivos, no teníamos a la vista el texto de Christine, y si tan solo mi recuerdo de su contenido propiciado por una reciente lectura cuyas coordenadas expuse con menor o mayor fidelidad.

Ahora, a través de su traducción literal, no solo quienes allí estuvieron sino también todos los que deseen acercarse a este palpitante texto, tendrán ocasión de hacerlo y participar en su esclarecimiento.

Esta es mi traducción:

“Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideraré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. (4) y (5).

Todos los domingos durante la misa pronunciamos las palabras de un “homo”, de un hombre que amó a otro hasta el punto de posternarse delante de Cristo para que su amor pudiese ser salvado!. Un día, un Padre maravilloso que se llama Francis, me ha dicho esto, que él lo había recibido de un teólogo: “Este Centurión romano que era todopoderoso, hacía falta que amase a su esclavo para así implorar a Cristo, este judío divertido del que se decía que podía hacer milagros.

Enviar sus mensajeros hacia Cristo, implorarle para que venga a su casa: hacía falta que él amase a su esclavo, hombre joven que no estaba tenido por nada, incluso ni por un perro!. Hacía falta que él creyese en la fuerza del amor y que él renunciase a su arrogancia de ocupante para pedir a Cristo la curación de su servidor.

El Centurión no ama a Cristo. No lo conoce. Incluso no se ha desplazado para ir a su encuentro. Él no podía dejar a su amor enfermo. Centurión romano, hombre de poder y de disciplina. Centurión amante, presto a todo por un joven

muchacho, un esclavo, un nada de nada. El Centurión no ama a Cristo. No lo conoce. Ama a su esclavo como debía suceder a veces. Centurión homosexual?. Sin duda.

Centurión amante, Centurión que se reconoce indigno de recibir a Cristo en su casa (yo no soy digno de recibirle): por qué no soy digno?. Centurión culpabilizado?. Su casa es impura a los ojos de los judíos, sin duda alguna, lo que allí pasa todo el mundo lo sabe. Todo el mundo habla de ello... Y Cristo responde: “no hay fe equivalente en todo el país!.

Hombres-mujeres, hombres-hombres, mujeres-mujeres, qué importa esto a nuestros ojos, yo puedo comprenderlo pero qué importa esto a los ojos de Dios?.

La única cosa que cuenta es la de mostrarse capaz de un tal acto de fe, de un acto de amor desesperado, descabellado, un acto de fe egoísta (él quiere salvar su amor, él no se coloca al servicio de Cristo), un acto de fe inmoral, erótico, escandaloso. Es su deseo completamente entero que le hace dirigirse a Cristo. Y porque la Iglesia nos coloca en el corazón de este deseo es este acto de fe el que nosotros reproducimos en la misa antes de la comunión. Podemos tener tanto deseo de humildad en el corazón cuando nos acercamos a la comunión?.

Y qué importa la naturaleza de este deseo, su procedencia, su conveniencia, es el que le permite correr hacia Cristo y pedirle todo.

Ha corrido hacia Cristo y le ha pedido todo. Lo improbable, lo imposible, la vida de aquel que amaba, la vida de su amor, la vida de su pecado.

Le ha pedido todo y le ha confiado todo. Ciertamente, él no era digno de recibirle... Pero qué importa. Se olvida su impureza, se olvida la moral y se sumerge en la fe, la confianza.

Después de todo, quién es digno?. Quién no lo es?. Nadie lo es. Todo el mundo lo sabe. “Di solamente una palabra y mi servidor será curado”.: Cómo lo sabía el Centurión?. De dónde obtenía él su confianza?. De qué práctica?. De qué teología?.

Este Centurión ama hasta la locura. Y porque él sabe lo que es amar, reconoce, resiente, encuentra en la persona de Cristo el amor mismo, el amor desnudo. El ama pero en un escondrijo donde la vergüenza importa poco. El hombre se confía. Confiarse. El amor le ha enseñado, permitido, no aguardar nada, esperar todo. No exigir, pedirlo todo.

Y Cristo: “Voy a venir hacia ti... tu fe te ha salvado... ninguna fe parecida en todo el país”. “Yo no te pido cómo vives, yo no te pido qué es lo que tú rezas. Tú me llamas, yo vengo. Estoy trastornado por tu llamada, por ti, perdido en tu coraza que no puede nada más”.

Yo querría poder decir las palabras de este hombre, de este desgraciado, de este amoroso. “No soy digno de que vengas a mi casa, pero ven por lo menos, te lo suplico pues tú puedes todo por mí. Yo lo siento. Lo veo” Yo quería poder vivir de este amor, enfermo, ilícito, insumiso que continúa buscando, llamando, invitando a Cristo.

Yo querría poder ser el Centurión y el esclavo. Es su amor lo que les ha salvado.

Y aquí termina el relato de Christine Cayol, sobre el que considero necesario reflexionar.

¿Es válida su interpretación, la del “maravilloso” Padre Francis y la del Teólogo que se la transmitió?. No soy teólogo y no puedo, por lo tanto, decidirme en pro ó en contra. Si me parece, desde luego mucho más esperanzadora para los homosexuales esta interpretación que la pura y escueta basada en la literalidad evangélica. Esta última no deja margen a la esperanza. Recuerdo un personaje profundamente católico (6), que frente al silencio de la Iglesia y del mismo Jesucristo se lamentaba de la rigidez de San Pablo en I Romanos 2,7 (7), I Corintios 6,9 (8), y en I Timoteo 1,10, a la hora de negar el Reino de los Cielos a los pecadores con seres de su mismo sexo. Este camino completamente cerrado no contaba con apertura alguna en los evangelios pues en ellos no se contiene ningún pasaje relativo a homosexuales y lesbianas.

Me parece positivo el esfuerzo de Christine Cayol, porque, siguiendo la humanidad de Jesucristo, entiendo sin ambages que estos pecados, tan castigados socialmente, caben dentro del ilimitado concepto del perdón formulado por Jesucristo.

En Madrid a 2 de Octubre de 2.006

Gloria al Señor.
Fernando Escardó

NOTAS

(1) Copia del texto enviado para su inserción en la página Web de la Comunidad de Oración de Fray Escoba perteneciente a la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Ver en Fray Escoba “Plegaria para un mal entendido”.

(3) Christine Cayol dirige el Gabinete Synthesis que propone formaciones artísticas y culturales a ejecutivos y dirigentes.

(4) El texto completo del relato de San Lucas en 7, 1-11, es el siguiente:

«Una vez concluidas todas estas palabras al pueblo, entró en Cafarnaún. Se encontraba enfermo y a punto de morir un siervo de un centurión, muy querido de éste. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera y salvara a su siervo.

Éstos, llegando ante Jesús, le suplicaban insistentemente, diciendo: «Merece que se lo concedas, porque ama a nuestro pueblo y él mismo nos ha edificado la sinagoga.» Iba Jesús con ellos, y estando ya no lejos de la casa, envió el centurión a unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo, por eso ni siquiera me consideré digno de salir a tu encuentro. Mándalo de palabra y quede sano mi criado. Porque también yo, que soy un subalterno, tengo soldados a mis órdenes, y digo a éste: Vete, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo

hace. » Al oír esto, Jesús quedó admirado de él, y volviéndose dijo a la muchedumbre que le seguía: «Os digo que ni en Israel he encontrado una fe tan grande.» Cuando los enviados volvieron a la casa hallaron al siervo sano.»

(5) Lo peculiar del relato de Lucas y en lo que difiere de Mateo 8, 5-10, radica en la inclusión de la frase “un siervo de un centurión, muy querido de éste” (el subrayado es mío) elemento diferenciador que sirve de base, para la novedosa interpretación de Christine Cayol. Nada dice Marcos sobre este relato del centurión. En cambio San Juan a quien nos remite “La nueva Biblia de Jerusalén, pag. 1433, edición de 1999, en lugar de a un centurión romano hace protagonista de este episodio a un funcionario real cuyo hijo estaba enfermo.

(6) Julien Green, Journal correspondiente al día 23 de Septiembre de 1944, páginas 809 y 810, Tomo IV, de la edición preparada por la Pléiade, en Editions Gallimard.

(7) Igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en si mismos el pago merecido de su extravío.

(8) ¿No sabéis acaso que los injustos no heredarán el Reino de Dios?. ¡No os engañéis! Ni impuros, ni idólatras, ni adúlteros, ni afeminados, ni homosexuales ... heredarán el Reino de Dios..